

La puerta se abrió bruscamente. En su marco apareció Andresón convulso, con los ojos fuera de las órbitas.

— ¡Mi hija!... ¡Mi hija!... — gritaba entre sollozos y ruidos.

— ¿Tu hija? ¿Qué?

— No estaba. No está en mi chozo. Salió ayer al mismo tiempo que nosotros, en dirección del pueblo, á empeñar su ropa de fiesta. ¡No ha vuelto! ¿Qué es de ella? ¿Qué será de mi hija, Manuel? Me han dicho que bajó con Bibiana, con la cintera.

— ¡Con la Cintera! — interrumpió María.

— Con ella, sí, con ella. Pero, ¿dónde está la hija mía?

— ¡Pobre Andrés! — murmuró Manuel apoyando cariñosamente su diestra en el hombro del carbonero.

Luego, irguiéndose desafiador, dijo con voz dura:

— El hambre tiene dos maneras de herir: Unas veces, mata; otras, deshonra. Vamos al pueblo. Allí sabremos lo que ha sido de tu hija.

III

— No seas tontica, y descansa y arreflexiona un poco antes de empeñar ese vestío, con el cual estás mesmamente que un cacho de cielo en dos pies. ¿Qué te ha dicho á tí don Juanito, cuando le hemos encontrao en la calle? Pues te ha dicho que estaría la mar, pero la mar de sastifecho, si tú bajaras esta tarde conmigo á cantar y á bailar en la merienda con que obsequia á esos matrimonios de Madrí. No es una juerga de tropel, ya lo oíste; es una reunión decente, ande irán presonas honrás, talmente como tú. Pon que vas. Cantas un ratillo, te bailas otro, te tomas una caña, pa que no te llamen plamplina, y tu buena propina no te la quita el *sursum*. ¡Lo menos un billete de á cien! Don Juanito no los gasta más ruines. Guardas el billete, y á la tardecita echamos pa el monte, sin que hayas tenío que poner á réitos la ropa y las arracás y la gargantilla de coral. Ya ves si es fácil echarse los apuros atrás sin perdia de la conduta. Eso no te lo aconsejara yo por tós los billetes del Banco.

Así conversaba con Irene, dos horas después de llegadas al pueblo, Bibiana la cintera. Así continua-

ron hablando hasta que la moza, parte por los consejos, parte por su afán de librar de empeños el traje, un mucho porque Juanito era de su afición y algo por divertirse un poco al cabo de tantas desazones, aceptó el convite; bien entendido que su presencia en la reunión sería muy corta; lo tocante á cuatro coplas y á un fandango. Luego camino de los chozos con sus vestidos en el cesto de la tía Bibiana, y el billete en la faltriquera.

—Después de tó, ¿qué había en ello de pecao? Ni su padre se ofendería cuando lo supiera. A más, que no iría á la huerta sola, sino acompañada de Bibiana. Bibiana cuidaría de ella talmente que su madre.

Así lo afirmaba la vieja.—¡Poco puntillosa y poco mirá salió pa los puntos de la honra!

Bajo el ancho emparrado, que tendía sobre el anteportal sus hojas, se pusieron los asientos para los invitados. Eran cómodos sillones frailunos, con posaderas de baqueta, respaldo doble y brazos de respetable anchura. Las mesas se doblaban bajo el peso de los manjares: Fuentes de jamón y de pollos; de ternera y pescado frito; cabezas de jabalí, gelatinas, pastelones de perdiz y de liebre. Junto á ellos, dulces de todos los aliños y castas; frutas exquisitas y un jardín entre plato y plato.

En dos tableros entrelargos congregábanse todos los vinos, desde el Rioja, compitiendo con el Burdeos y con el Borgoña, hasta el Oporto con el Chianti, pasando por el Champagne y la Manzanilla de Sanlúcar. El Jerez estaba aparte, como señor todopoderoso, entre las paredes de un barril, con espita y aros de plata. Los aguardientes y licores tenían sitio

aparte también, entre búcaros andujareños, que se renó el agua de los cielos, llovida para deleite del aljibe moruno.

Dispuso Juanito la fiesta en honor á unos amigos venidos en automóvil de Madrid, con "sus efectivas esposas". Así lo afirmaba Juanito en todas partes; así lo afirmaban también los forasteros. Unos y otros sabían que las tales esposas remachaban por las izquierdas manos. Se fraguó el embuste y se mantuvo, para evitar murmuraciones de la honestidad provinciana.

Ellas eran astros de primera magnitud en su clase, Venus con hotel propio, 40 HP., abono á primer turno y cuenta abierta en el Banco de España y en las principales joyerías y modisterías madrileñas. Ellos, mozos jóvenes, herederos de cuantiosos caudales, que despilfarraban locamente, castigando así la avaricia y el acaparo de sus engendrados. En un viaje que hizo á Madrid Juanito, fué obsequiado con gran esplendidez por aquellos sujetos. En pago del obsequio les invitó á una juerga netamente andaluza. Ellos aceptaron, y á la juerga llegaban á todo golpe de ¡taff, taff!, para regresar en la otra mañana á Madrid.

Traídos fueron por el anfitrión al espléndido festivo los más afamados bailaores, tocaores y cantaores que había en la comarca. Allá se entraron en la finca los mozos crúos, presumiendo con sus chaquetillas de pana y sus botas de respunteado charol y sus corbatas de sortija y sus cordobeses de ala plana. Las mujeres parecían arrancadas á los lienzos de Villegas, el sevillano, con sus faldas de tres

volantes y sus mantones de espumilla y sus altos moños y sus caras de piel morena.

Todas las notas, todos los matices de la juerga andaluza, tuvieron aquella tarde bajo el emparrado lucida representación. Subieron al aire, en competencia, malagueñas, levantinas y soleares; seguidillas jitanas y polos y cañas y tientos. Rasguearon las "sonantas", falsetas celosas, arpegios lascivos, trinos dolientes como la agonía de un amor. Dibujaron los bailarines sobre el piso la sevillana retorzana, el zapateado juncal, las alegrías repiqueras, el tango lascivo. Todo fué pasando ante ojos y oídos de los absortos forasteros; todo se ofreció á ellos entre cañas de Manzanilla, rondas montillanas, medias copas de Cazalla y de Rute y "chatos", tras cuya muselina esplendía el Jerez.

A las rondas de vino, á los cantares y á la música, acompañaban el recio y acompasado palmoteo de los jaleadores, los agudos ¡olé! y las chistosas ó amantes frases que impregnadas en los vahos excitadores del alcohol desgarraban la atmósfera.

Entonces fué cuando Juanito, que no quitaba ojos de Irene, y la había hecho apurar con solitudes corteses algunos chatos de Jerez, avanzó cordobés en diestra hacia la serrana, é inclinándose ante ella, dijo:

—Ahora toca á usted, gloria y orgullo de mi tierra, dejarnos beber en esa garganta de ambrosía, una copla de las que allá, cerquita de las nieves, entona para delicia de serranos y envidia de toitos los ruiseñores. Ahí va este vaso para que se enjuague la boca, y venga Dios por ella.

Preludió la guitarra, é Irene, luego de un tanteo quejumbroso, doliente, que arrancó gritos de entusiasmo, dió al aire este cantar:

Amor tengo metío
drento der pecho;
me dañá, y arrojarle
de mí no pueo.
De mí no pueo,
manque me mata.
Me ha jíncao las raises
en las entraña.

Un turbión de aplausos, olés y vivas acogió el final de ésta copla y el de las que siguieron. La muchacha, envanecida con el éxito, erguía el busto sobre el ancho sillón, entornando los negros ojos, entreabriendo los encendidos labios, dejando á su pecho ir y venir entre oscilaciones del mantón de talle, y temblores de la crucecilla áurea, que relucía como un áscua sobre la morena piel del descote. Las dos "casadas", madrileñas asentaron junto á la joven, colmándola de elogios, haciéndola beber una y otra copa. Juanito murmuraba al oído de la serrana frases que la hacían enrojecer de vergüenza y de orgullo.

Cuando se enderezó sobre los brazos del sillón y avanzó bajo el emparrado, é hizo vibrar la tierra con el taconeo de sus piecicitos siguiendo las notas del fandango, acompañándolas, con el retemblido de sus caderas, con las flexiones de sus redondos brazos y con el repiqueteo de los crótalos que sus dedos ágiles sacudían, subió de punto el entusiasmo. Los sombreros caían á sus pies; á sus pies arrojaban flores las hembras; en corte fueron todos á

rendirle homenaje al dejarse ella caer dulcemente, en desmayo, contra el respaldo de su asiento. Casi en volandas lleváronla á la mesa. En esta le ofrecieron puesto de honor junto á Juanito y uno de los dos forasteros; allí, obsequiada por todos y por todos agasajada, fué diosa en bacanal, recibiendo como un incienso el lascivo perfume de las flores, el aliento faúnico de los machos; el burbujeo del champagne que cosquilleaba sus narices; las fragancias del Jerez, que en chorros llameantes entraba por su garganta abajo, encendiendo su sangre, enloqueciendo su cerebro...

Ya en los postres se alzó de la silla, riendo á carcajadas. Un si es no es vacilante, se dirigió á los guitarristas y les dijo con imperiosa voz:

—Amigos, tóquense ustés un tanguito. ¡A ver si entendemos de eso las serranas!

La danza lúbrica empezó entre rufianescos rasgueos y cimbreos lánguidos de la bailadora borracha. Esta, subida encima de una mesa, avanzaba por ella arrastrando los pies, echando la cintura adelante, dejando caer la cabeza sobre uno de los hombros, altos los brazos, los dedos haciendo de "palillos". Así dió la vuelta al tablero, preludiando el beso con un frunce pícaro de su boca. Al llegar la falseta, el cuerpo de la hembra retembló, su duro pecho, remarcado por el encorvamiento del busto, palpataba contra el corpiño, libre del mantón que por la cintura caía; la cabeza pendía hacía atrás, descubriendo los primores de la garganta, los titilantes ventanillos de la respingona nariz, los blancos de los ojos, dibujándose como dos perlas entre las pestañas. Los

brazos se doblaban en arco; el vientre giraba y regiraba con espasmos de cópula... La mujer se daba toda entera, en pleno rendimiento de su pudor, en ofrenda báquica de su virginidad.

Los comensales, enardecidos por el baile y la música, iban dejando á un lado las hipocresías, y entregándose á prefacios eróticos, cuando la serrana avanzó hasta el reborde de la mesa con los brazos tendidos. En los suyos la recogió Juanito. Con la joven apretada á su cuerpo se perdió entre la turba, hacia el interior de la casa; con ella arribó al gabinete de orientales cojines, que en el crepúsculo se tendían como lechos sobre la alfombra.

Y fué allí, borracha, inconsciente, en pleno embotamiento de su alma, en total vibración de su carne, como la moza se entregó, como fué poseída por el hombre que en la prisa de hacerla suya, desgarró el corpiño de terciopelo y aplastó con sus dedos la crucecilla de oro.

—Ya no te irás de aquí—dijo á Irene Juanito cuando punteaba el sol en los vidrios—. ¡Para mí, y para siempre te quiero yo, serrana de los piquitos de la nieve!

—Usté—le dijo más tarde á la Cintera—quédese acá con la muchacha. Me gusta. Mientras dure el gusto usté la cuidará. No haya recelo por su padre. Al cabo de unos días meterá mano á la paciencia. Otros más brabucones achantaron el mirlo. Ahí le vá, por las molestias que haya.

Y puso un billete de quinientas pesetas en las manos de la "Cintera".

En tanto allá iban monte abajo Andresón y Manuel, ambos silenciosos, entregado cada cual á su idea.

Atravesaron por las calles del pueblo pobre, deteniéndose en algunas casas, para interrogar, para saber de Irene. En todas partes les contestaban con un encogimiento de hombros.

—“¡No sabemos ná! Bastante hay con los de uno, pa averiguar males ajenos!,,

Cada casuca ofrecía á los ojos un cuadro de miseria, sin que pudiera precisarse dónde era ésta mayor. Al arribo de los extraños, las hembras se acurrucaban apretando contra sus cuerpos á sus hijos, castañeteando los dientes. Los hombres dirigían á Manuel y Andresón miradas penetrantes. Eran preguntas mudas, interrogaciones sin palabra.

Al fin lo supo. Alguien, enterado de cuanto en la finca ocurriera, lanzólo al rostro. En la huerta estaba su Irene, en poder del señorito adinerado, Allí estaba, perdida para en jamás de los jamases. Otra sin ventura á la cuenta.

—¡Pronto!... ¡Pronto!...—rugió Andresón.—¡Quiero tenerle cara á cara! ¡Vengarmel!...

—¿De él solo? — intfirrumpió Manuel. — Espera. Ya te vengarás. Te juro que no has de esperar mucho. ¡Guarda hasta mañana, Andrés!...

IV

Bajo la luna, que esmalta la nieve de los picos, desciende la turba. Son los pastores de la sierra que acuden al llamamiento de sus hermanos carboneros. Allá, en las majadas, quedan las bestias libres. Sueltas vagarán, á merced del diente del lobo. Vuelta hacia arriba la punta del cayado, semicaída en torno de la cintura su honda, avanzan en zig-zag los gañanes. Precedidos van por sus mastines, que respingan al olfateo sus hocicos, mostrando el recio colmillaje, sacudiendo al aire las carlancas. Igual que á sus dueños les roe las entrañas el hambre; pegadas al espinazo, arrúganse sus pieles, el costillar se dibuja contra ellas, á punto de horadarlas. Igual que sus dueños, parecen prontos al desquite; sus pelambres se erizan en púa sobre el lomo, sus ojos fosforean, sus bocas se abren previniendo la dentellada, sus patas se distienden planeando el zarpazo. Los pastores con los pañolones de hierbas descolgándoles por la nuca, ios camisotes abiertos contra el pecho, las abarcas acorreando los tobillos, y los zajones recrugiendo en los muslos, saltan de peñas-

co á peñasco como una visión prehistórica, abortada por las cavernas.

Abajo, en la planicie, aguardan los carboneros-leñadores. Están sombríos, huraños, silenciosos, con el hacha en la diestra y el cuchillo relumbrando por entre los pliegues de la faja. En torno á ellos se apiñan las mujeres, los ancianos, los niños; hasta las criaturitas de pecho cuelgan en improvisados zurriones del hombro de sus madres. Ni un solo carbonero quedará en la montaña. Así lo dispuso Andresón.—Si han de volver no será para vivir en la planicie de cara á los hombres; será para trepar á los más altos riscos, para ocultarse en los picos inaccesibles, encaperuzados por la nieve, para disputar á los lobos la posesión de sus guaridas, y á las águilas el disfrute de sus fortalezas de hielo. Como bestias salvajes se esparcirán por las cumbres, huyendo del acoso, si el grito de su miseria, si el rugido de su represalia no halla eco en los otros desposeídos. ¡No importa que no lo halle! Al menos habrán tomado su desquite. Los carboneros no razonan, no discurren su acción, la sienten, la oyen vibrar con voces despóticas en su alma. También sienten el acicateo del hambre gritándoles desde sus estómagos vacíos: ¡Adelante! ¡No os detengáis!... Venga lo que venga, ¡adelante!... Satisfechos, hartaos un día, aunque sea no más una hora! ¡Ya es razón de que esa hora llegue!...

Y los carboneros aguardan sobre la planicie hacha en diestra y cuchillo en cinto. También esgrimen las mujeres el hacha. Los chiquillos empuñan el aguzado hierro conque se revuelven las brasas; los vie-

jos alzan con sus brazos temblones los báculos que antes les sirvieron de apoyo. Andresón oprime el perrillo de su escopeta. Manuel dirige su vista á la llanura, al pueblo de los ricos, que esplende en la noche, al resplandor de los focos eléctricos, como un joyel.

Junto á Manuel está María. Su cabellera de azabache se ciñe á su cabeza en casco de empavonado acero; sus ojos lucen bravos; sus labios se reprietan altivos; su alto seno trema bajo la chambrá. Con una mano oprime el hacha, con la otra se apoya en el hombro de su varón.

Los pastores llegan en silencio. En silencio les reciben los carboneros. Ni sus alientos se perciben.

Manuel rompe el silencio.

—Los del llano aguardan. Lo que á ellos solos toca hacer, hecho estará cuando llegemos. Los alambres y postes telegráficos habrán caído rotos; el puente, que une las orillas del río sobre la vía férrea, saltará; saltará el puente que hay en la carretera. Los que vengan á salvarles llegarán tarde. Vamos al pueblo rico; los del pueblo rico lo quieren. Aquí se alzan nuestras miserias; allí sus abundancias. Ellos nos provocan. Los amigos del valle aguardan. Vamos en su busca. La hora del desquite llegó. ¡Al valle, compañeros!

Al callar Manuel hay una pausa lúgubre, un temblor en la multitud: el temblor que antecede á todas las grandes decisiones. Luego estalla un alarido formidable. Mil brazos ascienden al aire, sacudiendo hachas, báculos, hierros, hondas. Un solo grito, una sola frase araña todas las gargantas: ¡Pan

y justicia!... Recogido es por el viento, que lo lleva de cóncavo en cóncavo. ¡Pan y justicia! gritan las gargantas humanas. ¡Pan y justicia!... repiten los ecos fieramente.

— ¡Adelante!—dice Manuel.

—Aguarda—interrumpe Andresón.—Nada quede en pie tras nosotros que nos ponga en el alma la idea cobarde del regreso. ¡Quemad los chozos! ¡Enterrad bajo sus cenizas la esperanza de volverlos á ver!

Los chozos arden en llamas anchas, azulosas; el humo oculta momentáneamente los resplandores de la luna. En la obscuridad salta la muchedumbre para lanzarse á carrera frenética por la montaña abajo, siempre con el mismo grito en la boca. Hombres, mujeres, niños, viejos, marchan en dirección del llano, enrojecidos por la hoguera, que á sus espaldas fulge. Parejos son de aquellas tribus que, empujadas por el hambre y por la conquista, cayeron sobre el mundo que regían los Césares y cerraron la antigua edad.

Atraídos por el resplandor de las llamas al gótico ventanal de su torre, vieron Fernando Enríquez y la marquesa de Cazorla el desfile de aquella multitud que pasó junto al milano de las tendidas alas y del engarfiado garraje, con frenético pataleo. A la blanca luz de la soberana de la noche se contorneaban rostros fieros, pupilas rencorosas, bocas rechinantes, puños en crispación. Con su grito único de ¡Pan y justicia! en los labios, desfilaron frente á los muros, bajo las almenas de la torre del homenaje, sin fijarse en ella, sin detenerse á insultarla y á destruirla,

tratándola despectivamente, en enemigo muerto á quien no hace falta enterrar. Su enemigo no estaba en las feudales ruinas, entre los escombros del castillo medioevo; no encarnaba en la imagen altiva y solitaria de don Fernando Enríquez; en la figura austera y noble de la marquesa de Cazorla. El enemigo estaba en el valle, en los plebeyos enriquecidos, en los feudales de granero y talega.

Al pie de la montaña aguardaban los rebeldes de la llanura. Eran tres ó cuatro mil, haraposos, sedientos de matanza. Seguíanles sus hembras y las criaturas de sus hembras.

¡Pan y justicia!—gritaron los serranos al enfrontar con los del valle.

¡Muerte!... ¡Muerte!... —les respondieron éstos, agitando sus bieldos, sus azadas, sus tijeras, sus hoces. ¡Muerte!—repitieron las hembras sacudiendo al viento las cabelleras destrenzadas. ¡Muerte!—los chiquillos, apretando con sus manecitas las piedras que á orillas del arroyo amontonó la inundación.

— ¡Muerte! ¡Sí, muerte! —dijo Andresón.— ¡Muerte y pronto! Hay que comenzar por allí, por aquel huerto que se alza junto al cañaverál. Allí está mi hija. Abusando de su hambre, de su ignorancia, emborrachándola con el vino de sus bodegas, un rico, el hijo del más rico, la hizo su querida. Allí está durmiendo con él. ¡Vamos á despertarlos!...

Como una tromba cayeron sobre el huerto, asaltando sus verjas, forzando su portón, rompiendo el vidriaje de sus balcones y ventanas; aplastando á los sirvientes que pretendieron acudir en la defensa de sus amos.

Bibiana la cintera, fué arrastrada por las mujeres que la golpeaban rabiosas, gritando: "¡Anda, infame, anda!... ¡Date prisa! ¡Hoy vas á cobrar tus alcahuetos! ¡Hoy vas á pagar de una vez las honras que vendiste!...", Juanito, sujeto por cuatro mocetones, bramaba de ira y de impotencia. Irene, de rodillas, con los cabellos desordenados, en camisa, como la sorprendió el asalto, se golpeaba contra el suelo la frente, aferrándose á las rodillas de su padre.

—¡No hay perdón! ¡No hay perdón!—gruñía el serrano—¡Vamos á la bodega, garañón de mocitas pobres! Allí tienes una cuba muy grande, muy honda. Mediada está; la conozco; quien caiga en ella no se escapa. De ella habrás sacao el vino pa emborrachar á mi hija y gozar de su cuerpo. ¡Ahora te toca á tí emborracharte. Te va á sobrar el vino. Compañía tendrás también. Te la hará "la cintera", ¡Hala! ¡A la bodega con los dos! Tú—siguió, arrastrando á su hija que se agarraba, para no seguirle, á las baldosas—conmigo, á presenciar su muerte. Bastante le has visto gozar. Ahora mírale padecer.

A un solo y brutal empujón de cien brazos cayeron los dos cuerpos, el de la Cintera y Juanito, en la abertura enorme. El vino saltó á chorros; gritos de agonía sonaron. Luego reinó el silencio, y se oyó el hervir pausado de las burbujas en la cuba.

—Ven con nosotros ó quédate á llorarle—dijo Andrésón á su hija.—A tu gusto. ¡Vosotros—añadió dirigiéndose á los rebeldes—prended fuego á la casa:

Tirada contra el suelo, frente al emparrado donde fué reina de una noche, quedó Irene, mientras la

casa se deshacía en llamas y la horda proseguía su viaje.

El pueblo pobre ardió. Los del pueblo rico no podían huir; la multitud tenía su táctica y había ocupado todas las salidas. ¿Defensa? Los ocho guardias civiles que prestaban servicio en el pueblo fueron acuchillados.

Dividido en grupos el ejército de la miseria, se esparcía por las calles derribándolo, asolándolo, destruyéndolo todo. Los graneros se incendiaban sin que se salvara un solo grano; los depósitos de aceite se perdían en pegajosos arroyuelos; de las bodegas salía el mosto á rojas é hirvientes oleadas; con los billetes del Banco y las escrituras de propiedad se hicieron gigantescas hogueras; el oro y la plata eran arrojados á los algibes; los comercios, las tiendas y almacenes ardían desde el techo al cimiento. Los cadáveres se hacinaban sobre las piedras. Quien, caía, vivo aún, desde un alto balcón; quien, pataleaba bajo los hierros de un farol con una cuerda al cuello; cual, sucumbía á corte de hacha; cual otro, á tiro de escopeta. A Lucas le atacaron la boca con sus pagarés y con sus escrituras de préstamo hasta que murió ahogado, asfixiado por su ejecutoria de usurero. Los invasores tostaban á la lumbre de los incendios cachos de carne que, medio crudos, engullían junto á las víctimas sangrantes. Era la locura campesina enseñoreándose de la ciudad; la esclavitud de veinte centurias rompiendo su argolla, cobrándose en horas una deuda de siglos; resumiendo en un segundo trágico el odio de cien generaciones.

Uno de los grupos disparó sus pistolas contra un

individuo que, trajeado á lo señor, daba vuelta á una esquina. Rodó herido de muerte. Era el doctor González-Hernando.

— No importa — dijo cuando los agresores lloraban su error. — Así ocurre siempre. En estas convulsiones no hay tiempo, ni derecho tampoco, á fijarse en quién cae. Es la ley...

Desde la ventana ojival de su torre, contemplaban los marqueses de Cazorla los progresos de la invasión. Tenían mucho horizonte delante de los ojos. Ante ellos brillaron los incendios, primero uno á uno, en grupos después, al fin en hoguera inmensa que todo lo abarcaba; por entre las llamas saltaban figuras espantables, escuadras de enanos que bailoteaban á la luz de las teas. Del valle subía á la torre un murmullo siniestro: el rugido de aquella tempestad.

— ¡Oh! — murmuró la marquesa Isabel echándose hacia atrás. — ¿Qué ocurre allá abajo? ¿Qué es esto, santa virgen, qué es esto!... ¿Quiénes son esos hombres fieras?

— Son nuestros abuelos que vuelven — repuso el marqués de Cazorla.

V

En la casa de don Anselmo, no dió la sorpresa, la celeridad de los invasores, tiempo á plan defensivo. Antes de poner mano á sus armas criados y señores, fueron cautivos de una turba, á cuyo frente caminaba Manuel.

Vano fué implorar clemencia. No la hubo.

Dña Teresa, cogida en volandas por un tropel de hembras, fué arrojada desde un balcón. Viva todavía, palpitando dolorosamente contra las piedras, vió el incendio de su casa, la pérdida de la riqueza que labró comerciando ramérlmente con su cuerpo. ¡Cuántos años, cuántas infamias para acaparar esa riqueza, para dominar en absoluta soberana aquella región, para que se inclinaran ante ella rostros que en otro tiempo se hubieran vuelto despectivamente, para que la adularan bocas que veinte años hacía la hubieran escupido á la faz!... ¡Todo perdido ahora! ¡fortuna, consideraciones, respetos!... ¡Y con ellos la vida, su vida que iba extinguiéndose entre carcajadas é ironías de sus antiguas siervas!...

Su mirada última fué para un cuadro al óleo que desde una ventana arrojaron contra el arroyo. Era

su retrato de gran señora, espléndidamente vestida, recostada sobre un sitial de terciopelo con dorada armadura. La seda repretaba su corpachón; guantes blancos enfundaban sus manos; en los dedos de aquellos guantes relucían sortijas; dos grandes solitarios en las orejillas carnosas; un alfiler de esmeraldas en el seno opulento... Una mujer puso á la moribunda el lienzo enfrente de los ojos. Murió contemplándolo, con dos lagrimones entre el carbón de sus pestañas.

A don Anselmo diéronle más cruel tortura los hombres.

Atado por los pies y las manos, subiéronle á un granero que se alzaba próximo á su vivienda. Abrieron hoyo en la montaña cereal y echaron al caquice en el hoyo. Tenía el trigo color de oro. Grano de oro parecía cada uno del monton. La luna, reflejando sobre ellos por una claraboya, aumentaba su brillantez. Los martirizadores recogieron con sus palas el trigo, y la lluvia de oro cayó despacio sobre aquel adorador del oro que todo lo había sacrificado á su acaparamiento. La lluvia de oro fué cubriéndole pies y piernas; luego se extendió por su vientre; envolvió sus manos que aún se contrajeron apretándola; desbordó por su pecho; hizo en su garganta collar. Al fin goteó por su cara. Bajaba entonces muy despacio, en hilos minúsculos, que entraron por la boca de Anselmo; y ataponaron sus narices y oídos, y cegaron sus ojos. Hubo un estremecimiento final; desapareció Anselmo bajo el amarillo sudario, y el trigo se cerró sobre él en pirámide.

Julia despertó al estrépito del asalto; sólo tuvo tiempo de ponerse una bata y de calzar unas chine-

las. Por una ventana contempló el avance de la horda y se hizo cargo del peligro. Era inútil huirle. ¿Refugiarse? Donde se refugiara, antes ó después la hallarían. Temblando pasó frente á un espejo; al mirarse en él, abrigó una última esperanza. Se la dió su hermosura que triunfó hasta entonces de todo y que á todos se impuso. ¿Por qué no jugarla en este decisivo envite?

Abierta la bata para descubrir el descote, libres los brazos por el desplome de las anchotas mangas; dibujado el gentil arranque de las piernas bajo el borde de la camisa y remarcadas por la holanda las líneas provocadoras de su cuerpo, entró en el patio donde estaba Manuel acompañado de María y de una veintena de mujeres.

Las mujeres, al verla, rugieron, y se replegaron, encogidas, previniéndose para el salto asesino.

Aprovechando aquella pausa, avanzó Julia hacia el obrero.

— ¡Eres tú, Manuel, eres tú! — murmuró. — ¡Y tú, tú, que tanto vales, que tan superior á los tuyos pareces, ¿vas á dejar que me asesinen á mí, á esta mujer?

Y adelantó dos pasos escorzando el busto, dejando salir por entre los encajes sus duros pechos, no estrujados por la maternidad; remarcando contra la holanda la carne dura de sus muslos, echando atrás la cabeza olímpica para descubrir el cuello, por cuya piel resbalaban en cascada lúbrica los oros de su pelo, ofreciéndose al caudillo en toda su belleza, entregándose á él.

Las claras pupilas del caudillo relampaguearon